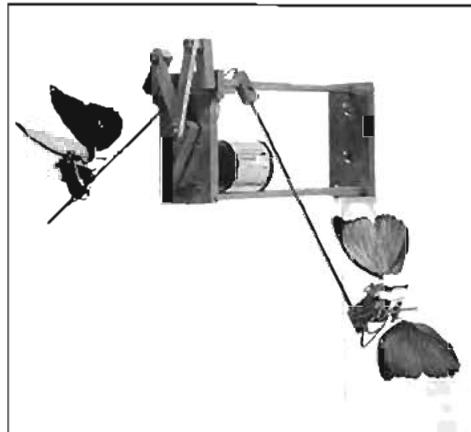


sobre **COSAS** de dudosa existencia

Laru Darro



Escrita, como se dice, en el vasto libro de mi memoria, ha quedado una conversación, justamente memorable, que sostuve con un guardavidas de las costas veracruzanas, a poco de haber llegado a México, cuando yo andaba de perplejidad en perplejidad porque no sabía hasta qué punto había llegado a un país donde todo es posible. Temprano en la mañana,

la playa desierta y sin nadie cuyo futuro inmediato fuera para él motivo de pre-

ocupación (friolento, distanciado del agua, yo no tenía, es evidente, el aspecto de alguien que en algún momento pudiera decidirse a luchar contra las olas), el guardavidas se acercó a mí no para hacerme sentir que yo era un bañista de cuidado sino para invitarme a la tranquila aventura del diálogo. Levantaba puñados de arena con un pie que sabía usar casi como si fuese una pala, lo recuerdo, y la iba amontonando hacia un costado como para después dedicarse a darle alguna forma –un castillo, por ejemplo, o un transatlántico–, lo que, imaginé entonces, quizá sería capaz de hacer con el sólo recurso de ese pie más bien pequeño y de un color moreno que se volvía pálido en los bordes. Pero el hombre quería en realidad mostrarme otra cosa. Le interesaba que yo advirtiera que, además de estar ante un dominador de las artes del mar y algunas otras magias, yo estaba ante un experto en el arte de la conversación, ante un hombre acostumbrado a la variedad del mundo.

Informado sobre mi condición de universitario, el guardavidas rápidamente comenzó a hablar de sus aficiones hemerográficas –en general revistas de aventuras o detectivescas– y de su interés por los mapas. Y para que no quedaran dudas del provecho que obtuve de tales aficiones me reveló que, después de meticolosos análisis y exhaustivas lecturas, había llegado, firmemente, a saber que "la isla de Haití existe". Esa revelación me la hizo en voz más baja, pronunciando aquellas pocas palabras con suficiente intensidad como

para que yo advirtiera que para concluir en esa certeza había tenido que librar incontables batallas no sólo contra su propia incredulidad, a la que debió ir derrotando gradualmente, sino contra la de muchos otros, tan ignorantes como obstinados.

Curiosamente, la intensidad de su revelación produjo en mi un efecto contrario a su deseo: quiero decir, me hizo pensar que la razón muy bien podía estar de parte de sus adversarios y de él mismo antes de que sus lecturas lo confundieran. ¿Quién vio con sus propios ojos la isla de Haití? La isla de Haití, pensé en ese momento, con seguridad es una invención de geógrafos incompetentes pero tan entusiastas, tan carismáticos que hoy día, y con relativa facilidad, uno puede encontrar gente que asegura ser haitiana con la misma naturalidad con que otros dicen ser argentinos a pesar de que, ya los sociólogos lo han demostrado, la argentinitud no es más que un estado de ánimo; o en todo caso –y esto lo he asegurado yo mismo en un artículo en el que estudié el habla del gaucho Martín Fierro– un mero tono de voz.

Así pues, después de esa conversación quedé convencido de que es muy probable que la isla de Haití no exista, que goce o padezca de la misma inexistencia que le acontece a tantas otras cosas de las que hablamos corrientemente, puesto que las condiciones que una cosa debe cumplir para que en buena ley pueda predicarse de ella la calidad de existente es algo sobre lo que los filósofos, los literatos y aun los científicos nunca consiguieron ponerse de acuerdo. De ese modo uno se va enterando de que hasta debajo de la hierba más humilde y cotidiana puede alojarse el misterio de una existencia no-existente. Digamos, por ejemplo, el perejil.

¿Existe el perejil? Porque yo he oido asegurar que el perejil es un cilantro degenerado o, con más frecuencia aun, que son dos hierbas originariamente diferentes (*pere* y *jil*) a las que un hábito lingüístico, ignorante de la herbolaria, reunió en una sola palabra. Así, el perejil sería una mera distracción gramatical, no una hierba, y de ahí aquella antigua adivinanza que se complace en jugar con el misterio a la vez que con nuestra interdisciplinaria ignorancia: *pere anda/jil camina/ tonto el que no lo adivina*.

Pero hay otras inexistencias todavía más cuantiosas. Muchos años después de aquella conversación con el guardavidas veracruzano, y con una exaltación que no calificaré de

estilica para que no se piense que le quiero negar de antemano autoridad científica, el doctor E. Olluc me aseguró que, basado en sus reflexiones de fisiólogo y sobre todo en sus consultas a innumerables diseños de mapas cerebrales había llegado a la firme conclusión de que "el inconsciente no existe". El inconsciente, abundó aquella noche, es la invención de un médico judío-alemán, muy misógino él, tan desatinadamente misógino que hablaba del clítoris como si se tratara de un pene minusválido. Pero en realidad ese artefacto –lo llamó así: artefacto, y ahora yo no sé si se estaba refiriendo al pene, al clítoris o al inconsciente– con ese nombre ridículo no está en ningún lugar, ni puede estarlo, salvo para los que no tienen la suficiente competencia en la lectura del mapa cerebral. Confieso que yo esa noche traté de ensayar argumentos para poner en cuestión el inapelable *dictum* del doctor E. Olluc, sobre todo por eso de que las afirmaciones vehementes despertan en mí el espíritu de la contradicción. Me parece que no llegué muy lejos. Hablé, desde luego, de los neuróticos anónimos o de nombre conocido, hablé de los libidinosos que, así fuera en sueños, quieren yacer con su madre y estrangular a su padre, hablé de licenciados de nuestra Benemérita institución que –víctimas de frecuentes *lapsus* o de algún otro automatismo lingüístico– anteponen la palabra "doctor" a sus apellidos ilustres, hablé de los funcionarios que se abren el saco para extraer el teléfono celular y exhibirlo como quien lleva su virilidad en una mano, le dije que eran gentes cuya existencia estaba por completo garantizada y que si obraban así no era por maldad ni atontamiento sino porque el inconsciente –¿y quién si no él?– los llevaba a esos extremos; pero, sospecho, en mi propio tono de voz se iba haciendo evidente que mi convicción era escasa.

El hecho de que esa gente sea más o menos inconsciente –podría haberme dicho el doctor E. Olluc, pero no me lo dijo acaso para no molestarse en una discusión que ya la tenía ganada– no quiere decir que el inconsciente exista.

En realidad, mientras yo hablaba iba cayendo en la cuenta de que si bien había hecho algunas convincentes lecturas sobre los efectos del inconsciente en la conducta de la gente, nunca había alcanzado a leer, bien a bien, una afirmación referida a su existencia. Embobado uno, y quizás los mismos discípulos de aquel médico, por la descripción de cómo funciona ese artefacto, nunca llegamos a hacer esa pregunta

que el doctor E. Olluc, sin duda, jamás hubiera omitido: "Pero digame, doctor Freud, ¿el inconsciente existe? Porque yo nunca lo he visto". Y sin duda el médico se hubiera quedado de una pieza, rascándose la canosa barbillia. Tal vez hubiera advertido por primera vez que una cosa inconsciente es algo que por definición ni se siente ni se ve: como quien dice un enigma.

Así que aquel médico judío-misógino-alemán desde el momento que le puso ese nombre a su invento lo condenó a una existencia dudosa, a ser pero no estar o a estar pero no ser. En ese estado de cosas, si nuestro espíritu científico nos impulsara a seguir avanzando en la trama de este enigma, creo que no nos quedaría más remedio que ir en busca de aquel guardavidas veracruzano para encargarle que se ocupe de la consecuente investigación con la meticulosidad que él hace tantos años me demostró tener. Acaso, si le diéramos suficiente tiempo, y luego lo hiciéramos comparecer ante una academia de fisiólogos y gramáticos, él seriamente podría decirnos: "He estudiado el problema con todo detenimiento, he consultado los mapas, he realizado cuidadosas observaciones y he llegado a la conclusión de que el inconsciente existe". "¿Cómo así?", le preguntaría el doctor E. Olluc después de un largo silencio. "¿Usted acaso lo vio?" Veinte años más viejo, experto en el arte de saborear los matices del diálogo, el guardavidas –ya jubilado en su oficio y consagrado ahora por completo a sus afanes científicos– se tomaría también su tiempo y al cabo respondería con calmosa convicción:

"No lo he visto en persona sino en las revistas. Al inconsciente lo descubrió un médico de la isla de Haití y es parecido al ajolote".

La respuesta, no hace falta decirlo, causaría estupor. El propio doctor E. Olluc, hombre de reconocida prudencia en lo tocante a la emisión de juicios, optaría por agachar la cabeza y acariciarse la calva. En vez de un problema, ahora tendríamos dos: la existencia del inconsciente y la existencia del ajolote. Tan ensimismado estaría en sus cavilaciones el doctor E. Olluc que ni siquiera atinaría a preguntarle: "¿Pero entonces usted ha visto al ajolote? ¿Usted conoce sus características auditivas?" Porque, según lo que se ha podido averiguar, esa inefable criatura –el ajolote, digo, no el doctor E. Olluc– cobró notoriedad cuando un antiguo humorista, vecino de Zacapoaxtla, la tomó de un manual náhuatl de zoología fantástica y se la envió a su contemporáneo Darwin diciéndole que se trataba de un "anfibio urodelo salamandrina" y como el ilustre naturalista no entendiera la descripción, el zacapoaxtla, hablando ahora con más llaneza, le aclaró que se trataba del famoso *Ambystoma mexicanum*. Parece que Darwin, cansado ya de tanto viaje y de tanta investigación, y habiendo oido decir que los zacapoaxtla son gente belicosa, optó por no seguir preguntando e incluir a la criatura en su célebre libro *El origen de las especies*, pero dentro del capítulo dedicado a las especies hipotéticas. Dicen que desde entonces –sin tomar en cuenta que el sabio naturalista había puesto discretamente en duda su existencia– algunas lagu-



Fotografía de Enrique Soto

nas de México empezaron a reproducir, para atracción de los turistas, unos perennibranquios parecidos a los que dibujara el humorista poblano, y que alguno que otro fisiólogo se quiso hacer famoso averiguando si de verdad esta larva que no responde a ninguna provocación sonora es, como vulgarmente se le llama a un "ajolote sordo", o es animalito que oye pero no contesta porque su gusto es pensar y pensar. Dicen que hay gente que hasta los tiene revolcándose en el agua de una cubeta para diversión de los niños que les gritan y les hacen toda clase de ruidos. La tesis de que el ajolote es un gusto de la meditación había lento más de una vez al doctor E. Olluc pero ahora, con estas nuevas informaciones, le sería inevitable considerar que tal vez lo que el ajolote quiere es hacerse el inconsciente. ¿Qué clase de animal es éste que, más que una investigación fisiológica, obliga a estudiarlo en términos metafísicos?

—Pertenece a la familia de los Ambistómidos— diría al cabo de un tiempo el guardavidas.

—Eso me parece que lo sé, colega —se apresuraría a responder el doctor E. Olluc, convencido de que el experto guardavidas había adivinado su pregunta aunque él no hubiera alcanzado a formularla; y que tiene cuatro dedos en las extremidades torácicas y cinco en las abdominales. Pero eso no nos resuelve el problema.

—Por empezar, le pediré que no me llame colega —exigiría el guardavidas—; uno no será doctor pero tampoco anda haciendo sus pininos. Usted confunde al ajolote con su descubridor. Los Ambistómidos son una familia de la isla de Haití, todos ellos ilustres descubridores y hasta artistas; justamente un tío del médico que descubrió el inconsciente, es el que escribió la *Sinfonía para ajolotes y perennibranquios en general*, pues no sólo llegó a dibujarlo sino que descubrió que estos animales tienen un oído más fino que el del delfín; en la isla de Haití existe un museo con todos los descubrimientos de la familia de los Ambistómidos; ahí están por ejemplo la Esfinge y hasta el Ave Fénix. A usted que puede hacerse pagar viajes de estudio le recomendaría visitar ese museo. Al Fénix, según lei, lo descubrió y lo capturó un antepasado de la misma familia. En la revisla, desgraciadamente, no se alcanza a ver más que la ceniza, pero dicen que si usted paga



Fotografía de Enrique Soto

su boleto no necesita esperar los quinientos años que el animal tarda para regresar. También lei que a veces no regresa como Ave sino como Proyecto. No sé cómo se lo mostrarán a usted, pero de que existe, existe.

Al levantar la vista el doctor E. Olluc advertiría que sus colegas fisiólogos y sus colegas gramáticos habían desaparecido sigilosamente, que sólo estaban él y ese insopportable jarocho que, dueño ya de la situación, le preguntaría como si no estuviera frente a un ilustre miembro del SNI, sino ante un bañista inexperto.

—¿Anoder cuestión?

—Nau, nau— le respondería el doctor Olluc, llevado por el automatismo; pero luego, reaccionando, levantaría el brazo para indicarle la puerta, y agregaría tratando de mantener la seriedad propia de su investidura: “Le doy las gracias en nombre de mis colegas y del mío propio. Todas las dudas quedaron aclaradas.”

Después de esta sesión tan singular, seguramente el doctor E. Olluc quedaría convencido de que más vale seguir apachurrando perennibranquios, rápidos o cualquier clase de anfibio anuro de la familia de los Indefensos, antes que andarse preguntando por el inconsciente, el Fénix, la propia isla de Haití u otras cosas de dudosa existencia.

Ahora comprendería por qué los científicos positivistas, tan aficionados ellos a cortar, arrancar y poner ojos o tímpanos sobre una balancita, nunca quisieron saber nada con las fantasías de los preguntones y menos aun con la bibliografía de los jarochos.